

manmuetros académicos y legarlos al porvenir—, que la vida, entretanto, estaba en otra parte, acaso en momentos tan mundanos como los almuerzos, las charlas y los paseos.

También Robertson Davies conocía bien la vanidad y la trivialidad de la vida académica, pues no en vano fue decano de Massey College desde 1963. Ese mismo año comenzó a escribir anualmente un relato de fantasmas para las celebraciones navideñas. En 1982, ya retirado, las recopiló bajo el título *Espíritu festivo*, recientemente publicado por Libros del Asteroide. Las lecturas de Davies debieron divertir tanto a su público como a aquellas de M. R. James, pero no estremecerán ni a un ratón, pues su reino es el de la parodia y la farsa. En parte, la culpa la tiene Massey College, un edificio recién estrenado, flagrantemente nuevo —nada que ver, por tanto, con la vetusta mampostaría gótica que arropa a los fantasmas británicos— pero el principal responsable de esta indecorosa falta de pavor la tiene el propio Davies.

Tras convertirse a sí mismo en personaje de sus cuentos, Davies se pasea junto a los ángeles ilustres de la reina Victoria, santa Lucía, lord Faulteroy, Satanás, Frank Einstein o incluso Henrik Ibsen, que se asoma por allí para fruncir el entrecejo. Como todos los fantasmas, los de Davies algo quieren —leer su tesis, comer hasta reventar, ser reconocidos por la crítica o volver a casa por Navidad— y el autor los acoge amablemente, aun a sabiendas de que habrán de traerle quebraderos de cabeza. “Los fantasmas son unos ególatras desmesurados: la fuerza viva de la egolatría que se niega a aceptar la realidad de la muerte”, escribe Davies, y acaso sea esta vanidad la que les otorga su inusitada vivacidad de ultratumba, esa pasión por boguetas y frusteras que da sazón a cada uno de nuestros días; pues también nosotros somos fantasmas embargados por deseos elevados, que intentamos satisfacer mientras la vida —como una pompa— se nos escapa entre las manos. ●

El hombre que persigue al tiempo. Diane Setterfield. Traducción de Rubén Martín Giraldez. Lumen. Barcelona, 2013. 356 páginas. 20,90 euros.

Cuentos de fantasmas. M. R. James. Varios traductores. Siruela. Madrid, 2014. 344 páginas. 19,95 euros.

La casa y el cerebro. Edward Bulwer-Lytton. Traducción de Arturo Agüero Herranz. Impedimenta. Madrid, 2013. 108 páginas. 14,95 euros.

Espíritu festivo. Cuentos de fantasmas. Robertson Davies. Traducción de Concha Cardenoso. Libros del Asteroide. Barcelona, 2013. 312 páginas. 18,95 euros.

Luis Pérez Ochoano ha publicado libros y artículos sobre el género fantástico y de terror, entre ellos, *George A. Romero: Cuando no queda sitio en el infierno* (Akal), *Poco de sangre y Fantasmas del cine japonés contemporáneo* (Sociedad Latina).



obra— es un industrialista súbdito inglés que levanta empresas y amasa fortunas, mejora la producción, moderniza fábricas, abre mercados y, a la postre, resulta incapaz para la vida. Durante la primera parte de la novela, la amabilidad con la que Setterfield evoca la juventud de William resulta irritante, pues la autora olvida su condición de explorador e idealiza su relación con los obreros; sin embargo, en la segunda parte comprendemos que era la melancolía quien doraba la luz de aquellos días.

Tras una serie de tragedias, Bellman decide erigir un emporio de pompas fúnebres en Londres, pero los difuntos no son tanto sus clientes como él mismo: será el quien acabe enterrado dentro de un gigan-

tesco mausoleo, el centro comercial de artículos luctuosos que dirige y gobierna mientras se va consumiendo. Karl Marx sugirió que el capitalismo es materia muerta que vampiriza músculo y latido, jornadas que acortan nuestro aliento por un sueldo, el tiempo de la vida convertido en tiempo de muerte a cambio de dinero. Aunque de manera inconsciente, Diane Setterfield ilustra esta premisa y la novela, que avanza con la solemnidad y el boato de un regio funeral victoriano, acaba no siendo nada más que el epitafio de un hombre insignificante. La vida del fantasma William Bellman queda narrada y, sin embargo, quedan por contar todas aquellas otras de las costureras, dependientas y

contables a los que Bellman vació también de vida.

Una banda de grajos sobrevuela *El hombre que persigue al tiempo*. Los grajos son presagios de muerte, *omina mortis* que un augur habría escuchado para, después, menear la cabeza y anunciarlos que no hay esperanza. Pero los grajos vuelan también en nubes de algabía, proclamando que, por funesto que sea el presagio, la vida sucede mientras tanto y que, por más que efimera, la vida que vuela es también un espectáculo. Quizá era esta la lección que debieron aprender los personajes de James —anhelantes de objetos polvorientos, incuables y basura de otros tiempos, afanados en leer crónicas medievales para escribir

Los fantasmas acechan

Los enigmas de torno a la muerte y el pasado han invadido desde tiempos lejanos la literatura fantástica. Los cuentos de fantasmas, esos seres espectrales que resplandecen siempre en la oscuridad, se abren hueco en las novedades editoriales. Por Luis Pérez Ochoano

LA LITERATURA FANTÁSTICA es un arte de carencia y deseo: buscamos todo cuanto nos falta, todo aquello que la realidad no satisface y que, sin embargo, una vez hallado nos induce al temor a perderlo o al horror de haberlo encontrado. Esta cadencia entre falta y deseo es propia de cada individuo, pero también de cada época. Las historias de fantasmas nos atraen porque, en ellas, exploramos miedos humanos —a la muerte, al recuerdo—, pero también porque sugieren cuanto está ausente en la realidad colectiva. La nuestra es una época de economía inmaterial, en la que todo cuanto es sólido se disuelve en el aire. Nuestras casas y prendas ya no son nuestras —y acaso tampoco nuestras vidas—, ¿a quién pertenecen entonces?, ¿nos hemos convertido en fantasmas de casas y cuerpos que no nos pertenecen?

En *El hombre que persigue al tiempo*, de Diane Setterfield, el capitalista vislumbra, alucinado, dos paisajes bajo la lluvia: en el primero, avista un titánico centro comercial donde solo hay una hondanada; en el segundo, el templo del consumo que él mismo erigió se derrumba como una cascada de cristal y mármol. Parecen contradicciones, pero ambos afirman lo mismo, que todo aquel afán de edificar y enriquecerse era solo un espejismo: la superficie tersa y brillante de una pompa reluciente de aire. La nuestra, qué duda cabe, es una época de burbujas que estallan, pero también lo son nuestras vidas, que pasamos como niños persiguiendo pompas de jabón. Cuando por fin se desvanecen, buscamos dentro de ellas al fantasma de nuestros días.

Nada tiene de extraño que nos gusten los

fantasmas, tanto los de nuestra era como aquellos que, en otros tiempos, ejecutaban ya esta eterna danza entre la carencia y el deseo. Comencemos, pues, con una de aquellas viejas historias que hoy nos siguen seduciendo: escondida entre pilas de legajos polvorientos, un anticuario encuentra una carta en latín, la angustiada confesión de un vicario, en la que advierte a los curiosos que se guarden de buscar el relicario de la rectoría de... Faltan datos, pero el aplicado erudito encontrará el lugar exacto, excavará la undécima tumba y, por supuesto, hallará el relicario. Desde ese instante, un vaho le acechará a cada paso, le perseguirá un olor a moho y, atisbará, desde su ventana, una figura harapienta que parecerá cada noche más cercana. M. R. James jamás escribió este relato, pero podría haberlo hecho, pues la mayoría de sus *Cuentos de fantasmas* (1904-1928) nos hablan de arqueólogos y estudiosos que encuentran documentos que sugieren espantos, demonios que habitan todavía los sitiosales del coro o el vitral de la abadía, grabados por los que pululan espectros y tesoros custodiados por criaturas hediondas.

Siruela reedita sus *Cuentos de fantasmas*, una selección de algunas de sus mejores historias; sin embargo, si James regresara ahora como alma en pena, quizá se sorprendiera al descubrir que sus únicos escritos reeditados sean sus relatos terroríficos. Montague Rhodes James fue medievalista de prestigio, experto en apócrifos, catedrático en Cambridge, rector en Eton. Dedicó su vida a la historia, la arqueología y el estudio de los clásicos y, de cuando en cuando, peregrinaba cuencillos como divertimento. James comenzó leyéndolos ante sus amigos

de la Chitchat Society y pronto sus lecturas se convirtieron en un acontecimiento. Revisitados hoy, podemos imaginar a sus colegas y alumnos escuchándolo y pasando de la sonrisa al escalofrío. Sus personajes resultan jocosos en su grísurra y, sin duda, James gozaba ironizando sobre la cotidianidad de académicos y anticuarios; sin embargo, esa

La nuestra es una época de economía inmaterial, en la que todo cuanto es sólido se disuelve en el aire

banalidad queda pronto impregnada por un hálito maligno, por un miasma del pasado que se va volviendo más intenso hasta adoptar, por un instante, una forma tictil e insoportable.

La muerte vuela por los contornos de los objetos y prendas del pasado y, de algún modo, quienes los palpan e investigan acaban envueltos por ese mismo vaho. Los cuentos de fantasmas nos plantean a un tiempo el enigma de la muerte y el enigma del pasado: ¿quiénes habitaron la casa?, ¿qué soñaban?, ¿qué queda de ellos? Preguntas que, en el fondo, no atañen sino a nuestra propia mortalidad y a la fugacidad de nuestro tránsito sobre la tierra. Esta angustia por la muerte late también en otro notable cuento

victoriano, *La casa y el cerebro* (1859), de Edward Bulwer-Lytton, recientemente reeditado por Impedimenta. Regresamos a la morada embrujada por pasiones que siguen latiendo en las paredes, recuerdos de una tragedia desgajada del tiempo, repetida sin fin, reticente a abandonarnos.

En *La casa y el cerebro*, Bulwer-Lytton se despoja del ropaje gótico de Zanoní (1842) para ofrecer una historia más moderna, plagada de fenómenos sobrenaturales que ascienden hacia un clima de alucinación y miedo, en el que entrevemos un éter por el que flotan larvas y entidades, como amebas vistas por el microscopio. Bulwer-Lytton parece dar un paso adelante, pues atribuye las apariciones a una voluntad tan poderosa como humana. En la segunda parte del relato, conoceremos al hombre capaz de detentar semejante poder sobre la materia y sobre la mente de sus semejantes. Sin embargo, es aquí donde el paso adelante de Bulwer-Lytton resulta ser un paso en falso, pues si bien niega la existencia de fantasmas, nos devuelve la angustia por la mortalidad, el anhelo de la vida eterna, el deseo de permanecer, para siempre, en el mundo de los vivos.

Dicha angustia, dicho anhelo, explica en parte el éxito del que gozaron todavía los cuentos espectrales. Quizá por ello, a los editores ingleses de *El hombre que persigue al tiempo* (2013) no les tembló el pulso al venderla como *ghost story*, una ávida engañifa que, no obstante, lo es solo en parte. Es un embuste porque no hay en ella espectros o apariciones —y, de hecho, la edición castellana de Lumen prescindirá de este subterfugio—, pero tiene algo de cierto en la medida en que retrata a un personaje convertido, en vida y por su propia mano, en un fantasma.

El hombre que persigue al tiempo carece de la riqueza literaria y bibliófila del anterior libro de Diane Setterfield. *El cuento número trece* pero comparte con él un rasgo de interés, pues en ambos casos sus protagonistas reniegan de la vida y se encierran en torres de libros o montañas de números, en relatos o cálculos que suplantán la vida. William Bellman —protagonista de la

craft amaba también Providence porque en ella el pasado sobrevive al presente y, entre otras cosas, las obras de Lovecraft nos hablan del intento de derrotar al tiempo, esa “especie de especial enemigo mío”.

Lovecraft era un soñador inmenso a la par que un materialista convencido y, debido a ello, sus personajes intentan escapar al tiempo o vulnerar las leyes físicas, pero acaban estrellándose contra el horror de haberlas transgredido. En *El resucitador* (Periférica), Herbert West inventa en las venas de los cadáveres “el impulso que los llevará de vuelta a ese estado mortuoriz al que llamamos vida”, en *Charles Dexter Ward*, Joseph Curwen conjura a los muertos desde sus cenizas para interrogarles sobre saberes prohibidos; los ancianos de *Las montañas de la locura* despiertan de un sueño de eones para descubrir

sus ciudades engullidas por el hielo antártico y estragadas por abominaciones que otrora fueran sus siervos. En todas ellas, el leve tiempo humano queda trascendido, pero solo para enfrentarse al horror de la carne corruptible, para ser devorado por el pasado hecho presente o para perecer en los océanos del infinito, donde nuestras vidas son solo polvo a la deriva.

La lucha contra el tiempo es una *agon* entre el antes y el después, ambos instantes del no-ser; no podemos ganar, pero sí fugarnos hacia la fantasía o el ensueño. La guerra de Lovecraft contra el tiempo le llevó a verse a sí mismo como un anciano,

como un caballero discoloso que no hablaba su lugar ni en el siglo ni en las letras estadounidenses. El mundillo de la prensa *amateur* le ofrecía consuelo literario, pero no un lugar para su obra. *El resucitador*,

por ejemplo, apareció en *Home Brew*, por encargo del editor G. J. Houtain. Lovecraft aceptó a regañadientes, disgustado por tener que doblegarse al trabajo mercenario y a la estructura de serial, con su típico climax al final de cada episodio. Pese a ello, *El resucitador* es una joya de lo macabro y lo grotesco, una exploración de los límites del decoro artístico —es decir, de lo decible y lo mostrable— que, sin embargo, Lovecraft contempla con la complacencia irónica del espectador de una farsa granguileosa.

Charles Dexter Ward ni siquiera llegó a ser publicada en vida de Lovecraft. En ella, la crónica histórica y la investigación erudita descienden en espiral hacia un horror inefable; poco a poco, se multiplican los adjectivos, proliferan los adverbios, pero solo para apuntar hacia un lugar tan espantoso que no puede ser nombrado,

pero sí evocado como una sensación aborrecible, ominosa, blasfema. Otro tanto sucede con *En las montañas de la locura*, que comienza con el rigor del registro científico para ir fundiéndose —como un carámbano— hacia el horror de lo informe y hacia esa poesía melancólica y sublimada que solo poseen las civilizaciones perdidas y los desiertos de la Antártida. En *Las montañas de la locura* desagrado a los lectores de *Astounding Stories*, más acostumbrados a “la convencionalidad, la banalidad, lo artificioso, las falsas emociones y lo estrambótico” que Lovecraft achacaba a la ciencia ficción.

Frente al desdén de su época, legiones de seguidores y epígonos han encubrido a Lovecraft *post mortem*. Decía Baudeleire que la mejor crítica a una obra artística es otra obra de arte, tal es el caso de la

antología *Alas tenebrosas*, seleccionada por S. T. Joshi. No abundan en ella tentáculos, libros prohibidos y tópicos ni dioses de improbable fonética, pero todos ellos nos permiten asomarnos a los abismos del tiempo y a los misterios de un cosmos indiferente. Sus autores reinterpretan no el estilo sino la filosofía lovecraftiana y nos hacen sentir de nuevo “el chirriar de formas y entes exteriores en el límite más recóndito del universo conocido”. El fantasma de Lovecraft regresará a Providence, Pickman volverá a retratar a sus modelos, los demonios inferiores plagarán la tierra una vez más y la magia antigua renará de nuevo, ¿es posible homenajar mejor al hombre que intentó doblegar el tiempo? En la tumba de Lovecraft se lee un sencillito epítafio, “yo soy Providence”; a veces, un lápiz anónimo

garabateó debajo: “que no está muerto lo que eternamente puede yacer / y con los extraños eones hasta la muerte misma puede morir”. L. P. O. ●

El caso de Charles Dexter Ward. H. P. Lovecraft. Traducción de Miguel Temprano García. Acantilado. Barcelona, 2014. 192 páginas. 16 euros.

El resucitador. H. P. Lovecraft. Traducción de Juan Cárdenas. Periférica. Cáceres, 2014. 94 páginas. 14,50 euros.

En las montañas de la locura. H. P. Lovecraft. Traducción de Miguel Temprano García. Acantilado. Barcelona, 2014. 152 páginas. 14 euros.

Alas tenebrosas: 21 cuentos de horror lovecraftiano. S. T. Joshi (editor). Varios traductores. Valdemar. Madrid, 2014. 531 páginas. 30,50 euros.

En la tumba de Lovecraft

EN LA TUMBA DE Howard Phillips Lovecraft (1890-1937) se lee un sencillito epítafio, “yo soy Providence”. Bajo ella yace el hombre cuya obra fue una lucha contra el tiempo. Lovecraft amaba Providence como solo pueden amarse los paraísos perdidos de la infancia. Los pórticos coloniales, las empinadas callejuelas, los átomos, los tejados y los chapiteles georgianos, virados por el perpetuo crepúsculo de la memoria: poco queda ya de todo aquello salvo en las cartas, cuentos y sueños de Lovecraft. Con motivo de las tres últimas reediciones de sus obras —dos de Acantilado y una de Periférica— y la aparición de una

nueva antología de cuentos lovecraftianos —editada por Valdemar—, regresamos a las páginas del amor de Providence.

El caso de Charles Dexter Ward (Acantilado) comienza precisamente con el recuerdo dorado de Providence, retomando los paseos juveniles que Lovecraft relataba en sus cartas. Lovecraft amaba Providence porque fue ella quien alumbró su vida estética y espiritual, porque fue en sus arboledas donde de niño levantó altares a Pan, Diana y Minerva, donde creyó ver a faunos y dríades; allí fue donde descubrió, en la biblioteca de su abuelo, los tesoros mitológicos de Grecia y *Las mil y una noches*; pero Love-